



E S P A C I O                      A B I E R T O



Carlos Bustos

# Ladrones del crepúsculo

ANAYA



1.ª edición: abril 2011

© Carlos Bustos, 2011  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2011  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-9481-7  
Depósito legal: M. 8723/2011  
Impreso en Anzos, S. L.  
Polígono Industrial Cordel de la Carrera  
Fuenlabrada (Madrid)  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva **Ortografía de la lengua española**, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



E S P A C I O                      A B I E R T O



Carlos Bustos

# Ladrones del crepúsculo

ANAYA



## *Agradecimientos*

A pesar de lo que hayan escuchado, un libro nunca se escribe solo; de hecho, aunque la escritura es un acto solitario, en el proceso intervienen varias personas. En mi caso debo mencionar a Arianna Squilloni, que fue el detonante para escribir esta historia. También a Rocío Alarcos, mi editora, por las acertadas observaciones que ayudaron a mejorar la calidad de la obra, y a Rocío Ramírez, por su interés en el texto y sus valiosas sugerencias. Tampoco me he olvidado de mi familia y mis amigos, atentos cada día al destino de esta novela. A todas estas personas les agradezco profundamente, incluyéndote a ti, lector cómplice, que estás a punto de emprender esta travesía misteriosa como yo la inicié hace un tiempo atrás.

Mientras escribes se ganan cosas y se pierden otras. Durante la escritura de este libro perdí a un estimado amigo. Se llamaba Ángel Alfonso, y como una forma de retardar su inevitable partida, creé a un personaje dedicado a su memoria. Espero que tenga un viaje tan afortunado como lo fue su vida para los que lo conocimos.

Solo una pequeña nota más, antes de entrar en territorio sombrío: Aurora, recuerda que cada historia que

se escribe ha sido imaginada para encontrarse con su lector ideal; tú eres el mío, y espero que con cada lectura descubras un libro nuevo, renovado, infinito de significados.

Dicho esto último, lector cómplice, acomódate en tu sillón favorito o donde sea que disfrutes tu lectura, apaga las demás luces y escucha a lo lejos: me parece que se avecina una tormenta. Y si en algún momento la noche te envuelve como una aparición, no temas; yo estaré por ahí para guiarte en la oscuridad.

Carlos Bustos  
Otoño 2008

## *Introducción*

*La senda del bien y el mal puede golpear al mundo con la suficiente fuerza para dividir el corazón del hombre.*

Las voces de los muertos, sus últimas palabras, estaban dibujadas sobre las losas del cementerio. Un sendero de piedras enlamadas curveaba desde las puertas de la entrada, bordeando los cerezos calvos, hasta llegar a una colina desde donde se veía una campiña solitaria. En aquel montículo que la gente llamaba la Buhardilla, estaban las tumbas de los que habían muerto sin confirmar su identidad. Eran los extraviados, los «quién-sabe», los sin nombre o, simplemente, los intrusos. Un árbol crecía allí, en medio de la loma, otorgando a las lápidas una sombra magnífica en verano y decorándolas con un tapiz de hojas ocre durante el otoño. El cuerpo sin vida de Daniel Everest descansaba al pie del árbol, enmarcado por unas raíces nudosas que horadaban los mantos de tierra y eran intrusas sobre su cuerpo, de un color cetrino que parecía resplandecer en la oscuridad. El cómo y por qué llegó allí es parte de un persistente y enigmático misterio: la historia de los ladrones del crepúsculo y del ser que se hace llamar el Acometedor de Almas.





## Libro Blanco

### *La avispa en la nieve*

Todo comenzó la noche anterior, con la caída de una avispa sobre la nieve. Era mediados de octubre y la tormenta sorprendió a todos los habitantes de la pequeña ciudad de Desesperado. La tarde había estado agobiada por una ventisca que provenía de las montañas con la suficiente fuerza para arremolinar las aguas del lago, sacando a una docena de peces a la orilla uniformada de juncos. Un macizo de nubes rojas descendió al valle, cubriendo por completo el bosque, los caminos vecinales y las granjas alrededor de los campos de calabaza y heno. Un rayo rompió el silencio sobrenatural que se había apoderado de la tarde. La gente del campo apenas tuvo tiempo de refugiarse en sus hogares. La lluvia se desplomó de golpe como si hubiera estado contenida por cientos de años.

La ciudad de Desesperado estaba rodeada por un extenso valle con montañas, colinas y un lago en forma de cerradura. Con una sola calle principal que la atravesaba por en medio, la ciudad no era muy grande ni tampoco muy importante, pero era tranquila, y se podía vivir con cierto decoro. Desesperado poseía un cine, varios supermercados, un hotel con cierta ele-

gancia pasada de moda, una escuela secundaria modesta, una universidad con apenas diez carreras básicas, dos iglesias de apariencia triste y desolada: La Santa Sangre de Cristo y Las Lágrimas Negras de Nuestro Señor, y todo lo que se requiere para que una comunidad se desarrolle sin grandes ventajas, aunque también sin obstáculos.

Detrás de la iglesia de Las Lágrimas Negras, separado por un pequeño terreno irregular donado por el Ayuntamiento como espacio comunitario, se había construido un conjunto de casas iguales entre sí; todas poseían dos plantas, un jardín trasero, ventanas con marcos blancos y fachadas pintadas en color café con leche.

Al final de la calle Magnolia, una casa se distinguía de las demás por su aspecto descuidado y su tejado verde botella. Desde la ventana de su cuarto, en la planta alta, Daniel Everest observó la llegada de los nubarrones contra un fondo verde glacial en el que se recortaba la torreta de la iglesia. El sonido de un trueno, parecido al tañido de una campana sepulcral, anunció la inminente tempestad. La lluvia se desbordó sobre la ciudad de Desesperado sacándola de su letargo habitual. Daniel suspiró enfadado. No habría reunión en la Sociedad Fantásmica esta noche, no con este tiempo. De pronto, un golpeteo como de tambores metálicos lo sacó de su ensoñación: cientos de granizos del tamaño de pelotas de golf se estrellaban contra las capotas de los autos, los escaparates de las tiendas, y ya habían derrumbado a una persona en la acera. Daniel miraba asombrado el fenómeno, cuando un granizo en forma de esfera atravesó uno de los cristales de la ventana rozándole la cabeza, y rodó por el suelo hasta detenerse en el centro de la habitación.

Daniel se alejó de la ventana, en donde el viento y la lluvia vociferaban a través del hueco; se detuvo junto a la esfera de un blanco perlado. Escuchó atentamente para comprobar si alguien se acercaba por el otro lado de la puerta. Esperaba que a pesar del estruendo del aguacero su padre no hubiera escuchado el ruido del cristal al romperse. Tomó el granizo y lo examinó con cuidado. No se sentía tan frío como él imaginó. Hizo rodar la piedra por sus dedos y se percató de unas marcas extrañas en la superficie: tres líneas ondulantes del mismo tamaño y con la misma distribución. Daniel intuyó la posibilidad de que se hubieran marcado debido al golpe, pero desechó la frágil teoría de inmediato. La lluvia aumentó de improviso haciendo que las cortinas comenzaran a dar bandazos contra el tapiz manchado de la pared. Daniel dejó el granizo en el alféizar de la ventana y corrió a la cocina a traer un plástico para cubrir el vidrio roto.

Fuera, en el bosque, el aguacero había sorprendido a una avispa en su vuelo por la campiña. Era una *vespula* egipcia de alas color tinto ahumado, la cual se alimentaba con las plagas que asolaban los huertos de calabaza. Para cuando llegó el otoño, la mayoría de calabazas habían sido cosechadas y la vida en la colonia había mermado de forma considerable debido a los primeros frentes fríos y a la escasez de alimento. Por suerte, la avispa había encontrado un pequeño huerto de estos vegetales todavía en buen estado, y volvía al nido a comunicar su hallazgo cuando la primera bala de hielo que cayó del cielo golpeó un costado de su lustroso cuerpo. El impacto la desvió hacia un peral donde apenas pudo afianzarse a una hoja antes de que el vendaval se precipitara con toda su fuerza. El duro golpe la había dejado aturdida y con un ala

rota; cuando los miles de granizos reventaron el toldo del cielo, atravesando el follaje de los árboles, el cuerpo de la *vespula* fue arrancado junto con la hoja y arrastrados por las ráfagas de viento hasta chocar contra el último escalón del pórtico de la casa del profesor Hugo Oghios, que ya comenzaba a cubrirse con una alfombra de hielo. La avispa permaneció inmóvil, moribunda, mientras el granizo la iba cubriendo con rapidez. Para cuando amainó la tormenta, la avispa en la nieve había muerto congelada, pero su última acción en este mundo estaba por venir.

Así como la tempestad había llegado, fue perdiendo fuerza hasta convertirse en una llovizna ligera que se extendió por toda la región hasta el amanecer. Los tibios rayos solares convirtieron el granizo que cubría el bosque y los pastizales en manchas de aguanieve sobre la hierba húmeda.

La casa del profesor Oghios estaba en las afueras de la ciudad, cerca del bosque que bordeaba un lago de aguas azul asbesto. Era una vieja casona estilo victoriano con torretas verdes y un alto cancel de acero negro en la entrada. El profesor la había adquirido a su llegada a Desesperado, ocho meses atrás, cuando ocurrieron dos hechos capitales que le cambiaron la vida: enviudó tras treinta años de matrimonio y semanas más tarde fue despedido del Departamento de Investigaciones de la universidad, donde había laborado casi el mismo tiempo que estuvo casado. Ninguna persona con la que había establecido alguna relación desde que se mudó, conocía de cierto su pasado o lo que había motivado su despido de la prestigiosa institución, o, yendo más lejos aún, bajo qué causas había muerto su esposa. Para sus escasos vecinos, Oghios

era un hombre cordial, pero extraño. No se relacionaba realmente con nadie que no perteneciera a la Sociedad que él mismo había formado poco después de su aparición en Desesperado. La llamó la Sociedad Fantásmica. Entre sus trece miembros, en su mayoría estudiantes, estaba Daniel Everest, con quien el profesor había hecho una amistad más estrecha. Oghios había percibido en el muchacho una inteligencia digna de ser tomada en cuenta, aunada a una curiosidad innata por los sucesos inusuales y extraños. De hecho, Daniel había sido el primer miembro de la Sociedad. El mismo día que Oghios colocó un discreto anuncio en una revista de poca circulación —no deseaba un grupo demasiado numeroso que no pudiera manejarse con facilidad—, el chico apareció en la entrada de su casa con un ejemplar de la revista bajo el brazo. Al abrir la puerta, el profesor Oghios se encontró con un joven alto para la edad que aparentaba, algo desgarbado, que lo miraba con ojos inquisitivos. Cuando Oghios le preguntó en qué podía ayudarlo, el muchacho le mostró la revista, abierta por la página del anuncio, y le preguntó si en verdad creía lo que decía allí. Al profesor le hizo gracia la incredulidad del muchacho y adoptando su postura más seria, contestó:

—¿Que si creo en fantasmas? La verdad prefiero pensar que sí. He sido profesor por más de treinta años y he descubierto..., perdón, no recuerdo si escuché tu nombre.

—Daniel, señor. —Continuó allí muy quieto, esperando escuchar los argumentos que lo convencieran de que estaba ante un verdadero creyente y no un farfante.

—Pues bien, Daniel, como te decía... he descubierto la rotunda verdad: los fantasmas solo existen porque los hombres deseamos, en el claroscuro del in-

consciente, que deambulen por allí arañando nuestros miedos y pesadillas.

Daniel lo miró en silencio con el entrecejo fruncido. Oghios permaneció serio, pero con una tenue sonrisa dibujada en los labios. Por fin, el muchacho sonrió como si hubiera estado aguantando las ganas y todo el rostro se le iluminó cuando dijo:

—¡Es la respuesta más inteligente que he oído! —reconoció estrechándole la mano y sacudiéndosela repetidas veces con entusiasmo.

—Gracias —dijo el profesor con modestia, mientras se acomodaba las minúsculas gafas redondas sobre una nariz corta y distinguida. El profesor Oghios poseía un rostro elegante que aparentaba menos años de lo que en verdad tenía, casi sesenta. Acostumbraba a usar el pelo blanco apelmazado sobre la frente y una llamativa barba blanca recortada al ras con esmero. Cuando invitó a Daniel a pasar para inscribirlo en la Sociedad Fantásmica, sonrió con unos dientes perlados, perfectamente alineados, que sugerían que era un hombre pulcro y cuidadoso, tal vez un detallista obsesivo. En cuanto hubieron entrado a un amplio recibidor iluminado, el profesor le susurró haciendo un gesto de complicidad:

—Me inspiras confianza, Daniel, así que voy a confesarte algo: creo que esta casa tiene cuanto menos un fantasma.

Daniel se interesó:

—¿Lo ha visto, señor?

—Puedes decirme profesor, si te parece —aclaró Oghios con amabilidad—, y no, Daniel, todavía no, pero le he escuchado en el ático, y una vez sentí su presencia en la biblioteca. Me parece que es un espíritu perdido, cuya existencia quedó unida a esta casa. Por eso se resiste a irse. En fin, aún no he tenido tiem-

po de estudiar su caso; veremos si más adelante se presenta la oportunidad.

—Yo puedo ayudarle, si gusta, señor... profesor.

Oghios midió al muchacho con un gesto que resultó indescifrable, sin embargo su voz resultó más amable que nunca.

—¿De verdad? Te lo agradezco, Daniel. Pasa al Salón de los Tapices y toma asiento donde gustes. Voy a la biblioteca a traer el reglamento de la Sociedad Fantásmica.

La distinguida figura del profesor Oghios desapareció por un pasillo a oscuras. Daniel permaneció de pie, admirando la vetusta habitación adonde había entrado. Las paredes del salón, como describía su nombre, estaban cubiertas de tapices polvorientos, descoloridos por el tiempo y la humedad. A pesar de eso, conservaban parte de su magnificencia y su encanto. En estos podía verse una serie de temas que parecían tener relación entre sí. En medio de un par de altas ventanas, por donde se colaba una luz grasienta debido a la suciedad de los cristales, se podía ver un tapiz bordado con la figura de un caballero medieval luchando en campo abierto contra un dragón alado color verde tifón. El muchacho se encaminó hasta la chimenea de piedra; encima de esta, un tapiz redondo testificaba la presencia de una niña que corría impulsando un aro sobre la avenida de una ciudad abandonada, con sus torres blancas como la cal, llenas de ventanas iguales a ojos ciegos, y edificaciones interminables con arcos que parecían bocas que no dejaban de gritar. La niña corre detrás de su aro en un atardecer nuboso sin reparar en que, a la vuelta de un edificio cubierto de oscuridad, emerge la silueta de un dragón, expectante de lo que aparecerá al final de la calle. Daniel se estremeció sin darse cuenta. Avanzó por en-

tre los muebles antiguos cubiertos de polvo, sorteando libros y otros objetos raros apilados en el suelo. Sus pasos sobre la alfombra producían un ruido desagradable, como si pisara una piel reseca y escamosa, hasta que se detuvo enfrente de un tapiz cuyos bordes parecían haber sido roídos por un animal de gran tamaño. Más que bordado, el tapiz había sido pintado con un realismo sorprendente: la cabeza herida de un dragón emergía del fondo de un lago; sus ojos estaban ciegos y de su boca salían todos los horrores del Apocalipsis. Las aguas estaban cubiertas de cadáveres flotando, los cielos se desgajaban encima de los árboles secos y torcidos debido a la fuerza de una tormenta maligna. Había gente muerta a la orilla del lago, algunos tenían la piel tan estirada sobre las costillas deformes que parecían escorpiones salidos de los abismos marinos. En medio de todo el espanto, un hombre conservaba la serenidad sentado en la arena, leyendo un libro que despedía una luz asombrosa.

Daniel permaneció hechizado ante la imagería del pintor que había concebido semejante idea. Un ruido fuera del salón lo arrancó de sus pensamientos. Se asomó por la puerta y descubrió a un hombre, con una bandeja para el té entre las manos, tambaleándose a toda prisa por el pasillo. Vestía pantalón gris oxford con rayas negras, camisa blanca abombada con mancuernillas en los puños, y un alfiler con una perla sobresaliendo de la corbata de paño que usaba alrededor del cuello. El hombre se dirigió hacia una puerta estrecha por la que entró de lado, metiendo el estómago. Daniel se percató de que había dejado caer una pequeña taza que terminaba de girar sobre sí misma. El muchacho la levantó del suelo y siguió al hombre. Al llegar a la puerta, la entreabrió con cuidado. Se asomó por el intersticio y descubrió que era la cocina. El



hombre, que aparentaba poco más de cincuenta años, se movía furibundo de un lado a otro con la agilidad de un bisonte atascado en lodo. En ese momento, estaba vaciando una tetera de plata sobre el fregadero. Un líquido dorado salpicaba los azulejos de los bordes. Daniel concluyó que debía de ser el mayordomo de la casona. Entró con cuidado, llevando la tacita entre las manos; de pronto, el hombre volteó y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué quieres? —resopló el mayordomo. El grueso mostacho recortado sobre el labio superior le tembló con el esfuerzo.

Daniel saltó asustado. Estiró el brazo para mostrarle la taza.

—Solo quería entregarle esto.

El hombre miró con dureza el objeto, como si no supiera de qué se trataba. Finalmente se encaminó hasta el chico y se lo arrebató de la mano.

—Gracias.

—De nada —dijo Daniel y estaba a punto de dar la media vuelta, cuando el hombre del bigote le preguntó con sarcasmo:

—Seguro que no te apetece el té, ¿verdad?

—La verdad es que solo me gusta con leche...

La mirada del hombre se nubló de furia y se abalanzó sobre Daniel, quien retrocedió hasta chocar con la pared.

—¡¿Qué pretendes, muchacho?! ¿Burlarte de mí? Los jóvenes de ahora no toman té, solo apetecen esas horribles pociones dietéticas con cafeína que los ponen como locos. Y tú me cuentas que te gusta el té, y con leche además, no con crema, ¡sino con leche! ¡Vete a...!

—¡Mi madre me enseñó a tomarlo así! —gritó Daniel, interrumpiendo la melodía de insultos que este

había preparado. El hombre se detuvo, resoplando. Lo miró tan de cerca que parecía que las narices de ambos chocarían en cualquier instante. Daniel continuó:

—Todas las tardes, al dar las cinco, mi madre me llamaba al salón de visitas y bebíamos té con leche de unas tazas que parecían del tamaño de un dedal. Siempre lo hacíamos, hasta..., hasta hace poco.

El sirviente aprobó el método con un mecimiento generoso de la cabeza.

—Esa es la manera adecuada de tomarlo, muchacho. Tu madre debe de ser una mujer distinguida. Las buenas costumbres se aprecian hasta en las bebidas que tomamos. —Daniel asintió todavía un poco asustado—. Ejem... Disculpa si me alteré un poco, pero es que cuando te vi en el Salón de los Tapices, husmeando como un cachorro alrededor de un árbol, perdí la cordura. Pensé que el profesor Oghios por fin tenía una visita decente, y me encuentro con un chaval de tu edad, no digo que tú no seas decente, pero fue decepcionante, ¿entiendes? Me había esmerado tanto con el té que no pude evitar salir hecho una furia. —Daniel asintió de nuevo—. Me llamo Alfonso Brugelio, soy el asistente personal del profesor. —Le tendió una mano cubierta por un immaculado guante blanco.

—Mucho gusto, soy Daniel Everest. Vengo a unirme a la Sociedad Fantásmica del profesor Oghios.

Por primera vez, Brugelio sonrió y Daniel pudo notar que sus facciones eran las de un muchacho travieso, con la amplia sonrisa bajo el mostacho abundante. Sintió una simpatía inmediata hacia el mayordomo.

—¡Qué delicia, muchacho! —contestó jovial—. Te deseo buena suerte. Ahora, si me permites, tengo que arreglar la calefacción en el sótano. No tardarán en lle-

gar las primeras heladas, y este caserón tiene más agujeros que el cuello de la nana de Drácula.

Daniel rio ante la ocurrencia del mayordomo. Este hizo una sencilla reverencia y desapareció por una segunda puerta. Daniel salió de la cocina y se dirigió de nuevo al salón de tapices. El profesor Oghios ya se encontraba allí, revisando algunos papeles. Cuando el muchacho entró a la estancia, Oghios sonrió y le hizo una seña para que se acercara.

—Es una casa fascinante, ¿no es cierto? —dijo el profesor cuando Daniel estuvo a su lado. Más adelante tendrás tiempo de conocerla toda. Ahora tengo un poco de prisa.

—No tuve tiempo de explorar, profesor —explicó Daniel—, solo estuve en la cocina y conocí a su asistente personal. Me cayó bien.

Oghios dejó de revisar los documentos entre sus manos y le miró de forma penetrante sin decir palabra. Después de contemplarle por largos segundos, volvió al manojito de papeles hasta que encontró lo que buscaba.

—¡Aja! Aquí está. Toma Daniel, es el reglamento de la Sociedad Fantásmica. La primera reunión es el viernes a las ocho. Trae una linterna porque la luz falla bastante por aquí. Estamos demasiado cerca del bosque, y el viento o los animales hacen de las suyas con el cableado eléctrico.

—Profesor, tengo dos amigos a los que es posible que les interese pertenecer a la Sociedad, ¿puedo traerlos el viernes para que vean de qué se trata?

—Por mí, no hay ningún problema, siempre y cuando se comporten y deseen compartir sus experiencias con el grupo.

—Así será, profesor. Gracias —Daniel titubeó—. Quería pedirle una cosa más, si no le molesta.